

La crítica feminista, ¿en el desierto o en la academia?

Laura A. Arnés
UBA/ CONICET

Resumen

En este artículo se establece –poniendo en evidencia ciertos lugares comunes de la crítica, entendiendo que la cuestión del imaginario resulta siempre inseparable de la cuestión del poder (sobre todo del interpretativo) y sosteniendo que tanto las narrativas canónicas como los sistemas simbólicos traman a la sociedad configurando y posicionando a hombres y a mujeres en formas diferenciadas dentro del texto social y del contexto literario– la necesidad imperativa de una crítica literaria feminista. Se propone, entonces, una re-visión de esta tradición desde nuestro contexto y se reclama la lectura, en el campo de la representación y de la crítica, del conflicto que se relaciona con las construcciones de y sobre la diferencia entre los sexos.

Como muchas lecturas feministas previas, ésta también va a denunciar que una gran parte de las teorías disponibles están construidas sobre narrativas masculinas del género o signadas por el contrato heterosexual. Es por esto que considerará indispensable no sólo construir un nuevo lenguaje del deseo de la crítica, sino mantener vigente la relación teoría-política para, así, poder llevar adelante un proceso de desarticulación –como intervención contra-hegemónica– y de rearticulación –como intervención hegemónica– discursiva.

Con el fin de decodificar ciertas tensiones que se establecen entre textualidad y sexualidad, en este artículo se analizan algunos textos provenientes de la *crítica queer* y los *estudios gay-lésbicos*. A partir de esto se postula a la literatura y a la crítica como tecnologías del género (De Lauretis), se propone como herramienta (en una reformulación de la propuesta de Balderston) el concepto de “Cicatriz luminosa” y se defiende el ejercicio de una resistencia interpretativa que se oponga al sentido común creado en un determinado contexto social y textual.

Palabras clave: Argentina - Cicatriz luminosa - Crítica literaria feminista- Estudios *gay/lésbicos* - Tecnologías del género

La cuestión del género (sexual) fue puesta de relieve en el famoso texto de Virginia Woolf *Un cuarto propio* en 1929 y, finalmente, establecida como interés literario por la crítica feminista (principalmente la anglonorteamericana y francesa) hacia finales de los años setenta. Sin embargo, y a pesar de sus 30 años de elaboraciones y re-elaboraciones, de haber presentado trabajos imprescindibles para otras tradiciones críticas contemporáneas y de tener cátedras en universidades prestigiosas, la crítica feminista nunca gozó de mucho respeto dentro de la academia latinoamericana, específicamente, de la argentina.

El título de este artículo rinde homenaje a un ensayo titulado “Crítica feminista en el desierto” (1981) de Elaine Showalter, teórica fundamental para esta tradición pero que en nuestro país no ha sido muy considerada. En él, la autora se manifiesta en contra de las fantasías sobre una cultura fuera del patriarcado e insiste en que no puede haber escritura ni crítica fuera de la cultura dominante. Estas ideas, re-visitadas numerosas veces posteriormente, me parecen centrales para la elaboración del pensamiento feminista.

Teniendo esto en mente, no voy a hablar de una escritura o lectura femenina. Tampoco voy a detenerme en la defensa de la inclusión de mujeres en el canon literario o de la realización de genealogías de escritoras argentinas, ni voy a analizar detalladamente el lugar que ocupan las mujeres en el campo de la literatura y de la crítica literaria. Sin embargo, todo esto me ayudará para hablar de lo que me convoca: en primer lugar, de ciertos lugares comunes de la crítica. En segundo lugar, de la necesidad de una crítica feminista. Voy a proponer, entonces, una re-visión (según Rich “un acto de supervivencia” que implica “ver la diferencia de forma diferente”, “desplazar el énfasis crítico de las imágenes de ‘mujeres’ al eje de la visión en sí” (De

Lauretis 2001:217) de esta tradición desde nuestro contexto (dado que las teorías, al igual que los cuerpos y que los discursos, sólo existen *situados*), sosteniendo la relación teoría-política y reclamando la lectura, en el campo de la representación y de la crítica, del conflicto que se relaciona con las construcciones de y sobre la diferencia entre los sexos.

La literatura (en sus propuestas estéticas y en sus tramas), la crítica literaria (sus modos de lectura y su consecuente construcción de una literatura) y la universidad (que afirma, a través de sus programas de carreras y de materias, los discursos de la crítica) son herramientas sociales a través de las cuales se fijan valores, diferencias y jerarquías. Herramientas específicas que definirán conductas o usos en relación con el lenguaje y que, asimismo, no sólo regulan los debates sobre las relaciones entre literatura, crítica y sociedad (muchas veces, directamente, ocultándolas) sino que determinan la posibilidad y los modos de circulación de los textos.¹ Como Nora Domínguez sostiene, "(...) los aparatos conceptuales con los que nos acostumbramos a pensar no son inherentes a los fenómenos, objetos y discursos sociales, sino que por el contrario los construyen." (2007:2)

Lo que falta aclarar en esta frase es que los aparatos conceptuales crean y recrean, necesariamente, (dentro de) los términos de una cultura que, a pesar de las revisiones y críticas, es todavía "patriarcal" (con los límites, constricciones y posibilidades discursivas y subjetivas que esto implica).

Ana María Fernández (1993) explica que la repetición de narrativas y la invisibilización de lo diverso son herramientas fundamentales del poder en tanto operan como organizadores del sentido de los actos humanos al configurar instituciones, subjetividades y valores, así como circuitos de circulación de los sujetos. De este modo, tanto las narrativas canónicas como los sistemas simbólicos, traman a la sociedad configurando y posicionando a hombres y a mujeres en formas diferenciadas dentro del texto social y del contexto literario.

Si bien el problema de la cuestión del género sexual no es hoy algo poco común dentro del ámbito intelectual, quiero señalar que la crítica (incluso, a veces, aquella consciente de los problemas relacionados con la diferencia sexual) sigue perpetrando "(...) el "asesinato" simbólico de la mujer (devaluación, supresión, represión, reclusión, reducción al silencio) llevada a cabo repetidamente por la literatura, el arte, la ciencia y otras formas discursivas de la cultura occidental" (De Lauretis 2000:19). Esto se debería a la vigencia en las prácticas intelectuales de dos ecuaciones ("Hombre = hombre", "diferente = inferior") que, a pesar de estar siendo deconstruidas, siguen resurgiendo de nuevas maneras, reorganizando la lógica interna de ciertas nociones teóricas y demostrando, así, su fuerza productiva.

Por otro lado, nuestro imaginario sexual es, ante todo, heterosexual. En él se despliega una serie de creencias efectivizadas e instituidas sobre la mujer que tienen como fundamento una mirada masculina sobre ellas (objeto) y una negación de su posición de sujetos. Bajo esta condición, el deseo femenino ha sido resumido en los conceptos "insaciabilidad o frigidez", "ambición" y "avaricia" (Moreno 1994) o "pasividad erótica" y "amor romántico" (Fernández 1993) y satisfecho en las funciones de amante (del hombre), madre, esposa o prostituta. De este modo, por medio de un disciplinamiento y una represión simbólica y real ejercida sobre los cuerpos femeninos, sus experiencias y sus deseos, la identidad viril-nacional se ha encontrado, en diferentes momentos históricos, a resguardo.

A los fines de este trabajo, lo que resulta relevante es que tanto la literatura como aquellos discursos asociados a ella, al ser parte del entramado social también se sostienen (y se sitúan ideológicamente por elección u omisión) sobre las diferencias simbólicas que existen los cuerpos sexuados y generizados.

¹ Para un análisis de esto habría que establecer, también, las formas en que se articulan estas relaciones con el mercado.

Hace un par de años, cursé en la UBA “Literatura Argentina II” (es decir, del siglo XX) con un programa que se centraba en las construcciones campo-ciudad y que no incluía ningún texto escrito por mujeres. Al preguntar por la razón de esto, se me señaló que no era un tema sobre el que las mujeres hubiesen escrito (a mi se me ocurren un par de textos) pero que en años anteriores se habían leído varias autoras en un programa que se desarrollaba bajo el eje “Pasiones”. Creo que la obiedad queda clara. Sin embargo, y a pesar del trabajo de algunas académicas por traer a la luz a más autoras, esto no es una excepción. Como advierte Domínguez, “[los textos de mujeres] pocas veces pueden librarse de ser leídos sobre el telón de fondo del imaginario voraz de la “literatura femenina”. Por eso, no importa solo qué, cuánto, cómo, dónde se produzca y quién lo encare sino cómo se lea”.

Esto se complica al entender que la cuestión del imaginario resulta siempre inseparable de la cuestión del poder/ control (sobre todo del interpretativo) y que, más allá de todos los estudios sobre construcciones del género y puntos de resistencias al poder, en las luchas por poseerlo e incluso, por dejarlo de poseer, mujeres y hombres no se encuentran en posiciones simétricas.

De hecho, esto también se hace evidente en un campo específico de la crítica literaria que se centra en las cuestiones de género: *la crítica queer o los estudios gay-lésbicos* (si bien no son los mismo, a los fines de mi análisis pueden leerse juntos y vale aclarar que si existe algo como “estudios lésbicos” en Argentina es de manera más que incipiente).

En un desplazamiento de lo previamente explicado, el relato y el análisis cultural y literario de las construcciones homosexuales y de las desviaciones de sentidos que estas provocan han dejado en un segundo lugar al análisis de las figuraciones lesbianas, mantenidas cercanas al lugar de lo impensable/impensado. Proliferan, así, los análisis sobre homosexualidades masculinas y las estéticas que estas sostienen, sin embargo, los estudios sobre el lesbianismo y sus representaciones son casi exiguos, por lo menos, en Argentina. De este modo, la erótica entre mujeres (por no decir su sexualidad activa alejada de la prostitución y de los hombres) sigue siendo una problemática menor e, incluso, invisibilizada. Pensemos, por ejemplo, en la antología de cuentos *Historia de un deseo, el erotismo homosexual en 28 relatos argentinos contemporáneos* (Brizuela 2000), en la que sólo cuatro relatan el deseo lesbiano o en *Sexualidades en disputa: homosexualidades, literatura y medios de comunicación en América latina* (Balderston y Quiroga 2005) donde, si bien no hay intención de ocultamiento, el espacio/tiempo (dado que originalmente fueron conferencias) dedicado al análisis de textos con temática y estética lesbiana o incluso a autoras lesbianas no puede ni compararse con los extensos trabajos sobre homosexualidades masculinas.

En las conclusiones de su libro *Camp y posvanguardia*, Amícola –autor que reconoce y trabaja con teoría feminista– establece:

El antifalocentrismo que anuncia el nuevo milenio parecería llevar a posiciones insospechadas en las que la penetrabilidad sexual va a aparecer como un aprendizaje necesario que deberá figurar en la experiencia de los machos para poder acceder asimismo a la comprensión del Otro y al diálogo con aquel que ostenta una diferencia. (2000:202)

“Aquel que ostenta una diferencia”, “Otro penetrable” son fórmulas que designan históricamente a la mujer y por metonimia a lo femenino. Resulta entonces válido preguntarse por las implicancias de su afirmación: El falo y su capacidad activa de penetración siguen estando en primer plano. Lo femenino, sigue asociado a la capacidad pasiva de ser penetrado (suena cerca el llamado del “devenir mujer”). De este modo, parecería estructurarse una crisis específicamente masculina: los relatos sobre masculinidades buscan socavar la épica nacional masculinista a través de la feminización de los sujetos pero con la exclusión de las mujeres y la sexualidad de las

mujeres se presenta, de nuevo, como un excedente más o menos irrelevante para la cultura.

Frente a lo establecido, y entendiendo, junto a De Lauretis (2000), que el género es el producto y el proceso de la representación y autorrepresentación de los modelos de masculinidades y feminidades difundidas por las formas culturales hegemónicas de cada época, considero que se puede pensar tanto a la literatura como a la crítica y teoría literaria como “tecnologías del género” dado que contienen y promueven ciertas representaciones genéricas aunque a veces, como dice Silverman, ese espacio sea sólo negativo. (1983:131)

Si bien los binomios hombre-mujer y masculinidad-feminidad son construidos socialmente (sin necesariamente coincidir entre ellos), esta construcción no fue nunca simétrica. Sobre esta asimetría originaria se urde un tejido de construcciones, miradas y representaciones tanto teóricas como literarias en las que la crítica feminista va a pararse, tratando de deshilvanar no sólo para encontrar lo escondido en un doblez o delatar un parche sino también para proponer nuevos modelos (de lectura, de escritura).

La crítica feminista actual (pensemos, por ejemplo, en Nelly Richard, Francine Masiello, Jean Franco, María Moreno o Sylvia Molloy) no mantiene una actitud celebratoria frente a todos los textos escritos por mujeres, ni sostiene, necesariamente, la idea de una escritura femenina o de mujer. Tampoco busca hacer análisis descriptivos ni tautológicos. Por el contrario, sosteniendo que los textos funcionan, en palabras de Domínguez, como soportes de significación que abren dimensiones ideológicas donde se puede observar cómo las marcas de género instituyen las redes de la cultura (sus lugares de inteligibilidad o exclusión y sus políticas), y centrándose en el análisis de la producción de diferencias (por ende, de sistemas de poder) sexo-genéricas creados por los sistemas teóricos y literarios, buscará decodificar las tensiones que se establecen entre valores estéticos y políticas, es decir, entre textualidad-sexualidad, género literario-género sexual y políticas sexuales-políticas de la literatura, para así proveer nuevas representaciones. María Moreno escribe: “Las críticas feministas no son un tentáculo de las teorías padre cuyo plus sería la interpretación de la diferencia sexual (...) deben reconstruir la cultura volviéndose sus enemigas pero también sus deudas.” (2002:137-140)

Para esto, la mirada feminista se sitúa sobre *el otro lugar de los discursos*, en el *fuera de campo*, ya sea practicando una mirada *torcida*, *resistente* o *bizca*, sobre los textos hegemónicos (leyendo el doblez, el entrelíneas o el entre-lugar, lo dejado de lado, la fisura, el trauma, las contradicciones, el exceso, las hipérbolas provocadoras, las fugas, la máscara, etc.) y/o buscando rescatar y leer aquellos textos que no habrían ingresado al canon de lecturas y escrituras hegemónicas, centrando la mirada en los *márgenes* ya no “en” sino “de” los textos y analizando las exclusiones (y las inclusiones), las contra-prácticas, las huellas y genealogías.

Claramente, este tipo de lectura es hoy llevado a cabo por diferentes tradiciones críticas que, generalmente, buscan leer las imposiciones de la norma, las prácticas contrahegemónicas y las identidades en relación con las localizaciones de los diferentes poderes y sus narrativas. Sin embargo, la especificidad de la crítica feminista radica en que, consciente de los conflictos sexo-genéricos a lo largo de la historia, mantendrá el foco en las construcciones (o borramientos) del concepto “mujer” y de los sujetos femeninos, de los juegos genéricos que se dan en la construcción de su voz e, incluso, de su escritura. También se preguntará por las disputas que determinan lugares y exclusiones e, incluso, puede cotejar producciones de mujeres acercando preguntas sobre usos de géneros literarios, tradiciones nacionales y debates intelectuales específicos (Domínguez 1998:197), desestabilizando, de esta manera, al canon y a las lecturas canónicas y habilitando en los textos ciertas zonas de lectura que históricamente se han considerado a-significantes.

Aunque (o tal vez porque) tanto la crítica feminista como la deconstruccionista han explorado y desarticulado el papel de la visión (mirada, escritura) así como también de la metáfora de la luz en la cultura patriarcal occidental, me resulta interesante como herramienta el concepto de “Cicatriz luminosa” (tomada del título del Balderston “El deseo, enorme cicatriz luminosa” (1999), libro en el que también se busca esbozar una tradición de literatura (y crítica) homosexual en la que el lesbianismo brilla por su ausencia). Dice el prólogo: “El adjetivo lleva a la metáfora hasta el exceso: la luz se señala a sí misma y provoca a la vez una ceguera en quien la observa, porque la cicatriz es la huella fenomenológica de una herida que estuvo y sigue siendo.” (1999:1). Luz que ciega, espacio donde se superponen tiempos poniendo en crisis el sesgo temporal de lo visual, forma que a partir de la luz en vez de sujetar a la mirada la aleja, visión de una ausencia. Zona oscura que se muestra con una luz propia, herida abierta por las violencias de la mirada visible ahora como sutura brillante. Denuncia de lo que la crítica ha elegido no ver. Ese desierto de palabras (del que también hablaba Showalter) que se inscribe como (re)pliegue y huella. Como gráfica que separa tradiciones, como borde que pone en evidencia la violencia que sostiene en silencio a la Otredad. Cicatriz, herida pasada que se proyecta hacia el futuro, que demanda una lectura.

De este modo, lo que propongo es ejercer una resistencia interpretativa que se oponga al sentido común creado en un determinado contexto social y textual. Leer a la literatura y a la crítica como tecnología del género nos habilita para intervenir políticamente. Al poner en cuestión viejos pactos que pasaron desapercibidos, al tratar de leer esos espacios que aún hoy aparecen como silencio o al proponer nuevas metáforas se puede conseguir que el trabajo con el género sea productivo para crear una conciencia crítica sobre la formación política así como también sobre la estética (Masiello 2001).

Traté de demostrar que, como muchas teóricas feministas ya han denunciado, una gran parte de las teorías disponibles están construidas sobre narrativas masculinas del género o signadas por el contrato heterosexual. Es por esto que considero indispensable no sólo construir un nuevo lenguaje del deseo de la crítica, sino llevar adelante un proceso de desarticulación (como intervención contra-hegemónica) y de rearticulación discursiva (como intervención hegemónica). Es decir, desde las instituciones existentes y con el propósito de construir, en cierto grado, una hegemonía diferente.² Una postura reflexiva y crítica que mantenga siempre vigente la pregunta ¿en qué términos, en interés –y *en desmedro*–³ de quién se realiza esta de-re-construcción?” (De Lauretis 2000:61)

Bibliografía

Amícola, José (2000). *Camp y posvanguardia*, Buenos Aires, Paidós.

Balderston Daniel (1999), *El deseo, enorme cicatriz luminosa*, Caracas, Ed. Escultura.

Brizuela, Leopoldo (2000). *Historia de un deseo*, Buenos Aires, Planeta.

Balderston, Daniel y Quiroga, José (2005). *Sexualidades en disputa*, Buenos Aires, Libros del Rojas.

De Lauretis, Teresa (2002). “Repensando el cine de mujeres: teoría estética y teoría feminista”. Navarro y Stimpson (comp.), *Nuevas direcciones*, Buenos Aires, Fondo de cultura económica, 203-231.

De Lauretis, Teresa (2000). *Diferencias*, Madrid, Horas y horas.

² Ver: Mouffe, Chantal. “La crítica como práctica contrahegemónica”

³ El texto en itálica es mío.

Domínguez, Nora (1998). "Reflexiones finales. Acerca de la crítica". En Domínguez, Nora y Perrilli, Carmen (comp). *Fábulas del género. Sexos y escritura en América Latina*. Rosario, Beatriz Viterbo.

Domínguez, Nora (2007), en Silvestri, Leonor, "Me gusta cuando callas. Invisibilidad de la mujer productora de arte", *Actas de las I Jornadas de debates sobre Literatura Latinoamericana y Estudios de Género*, Buenos Aires.

Fernández, Ana María (1993). *La mujer de la ilusión*. Buenos Aires, Paidós.

Masiello, Francine (2001). *El arte de la transición*, Bs. As., Norma.

Moreno, María (2002). "¿Qué hacer?", *El fin del sexo y otras mentiras*, Buenos Aires, Ed Sudamericana.

Moreno, María (1994). "Dora Bovary, el imaginario sexual en la generación del 80". Ludmer (comp.), *Las culturas de fin de siglo en América Latina*, Rosario, Beatriz Viterbo Ed.

Showalter, Elaine (1981) " La crítica feminista en el desierto". Fe (coord.), *Otramente: lectura y escritura feministas*, México, Lengua y estudios literarios, 75-100.

Silverman, Kaja (1983). *The Subject of Semiotics*, New York, Oxford University Press.